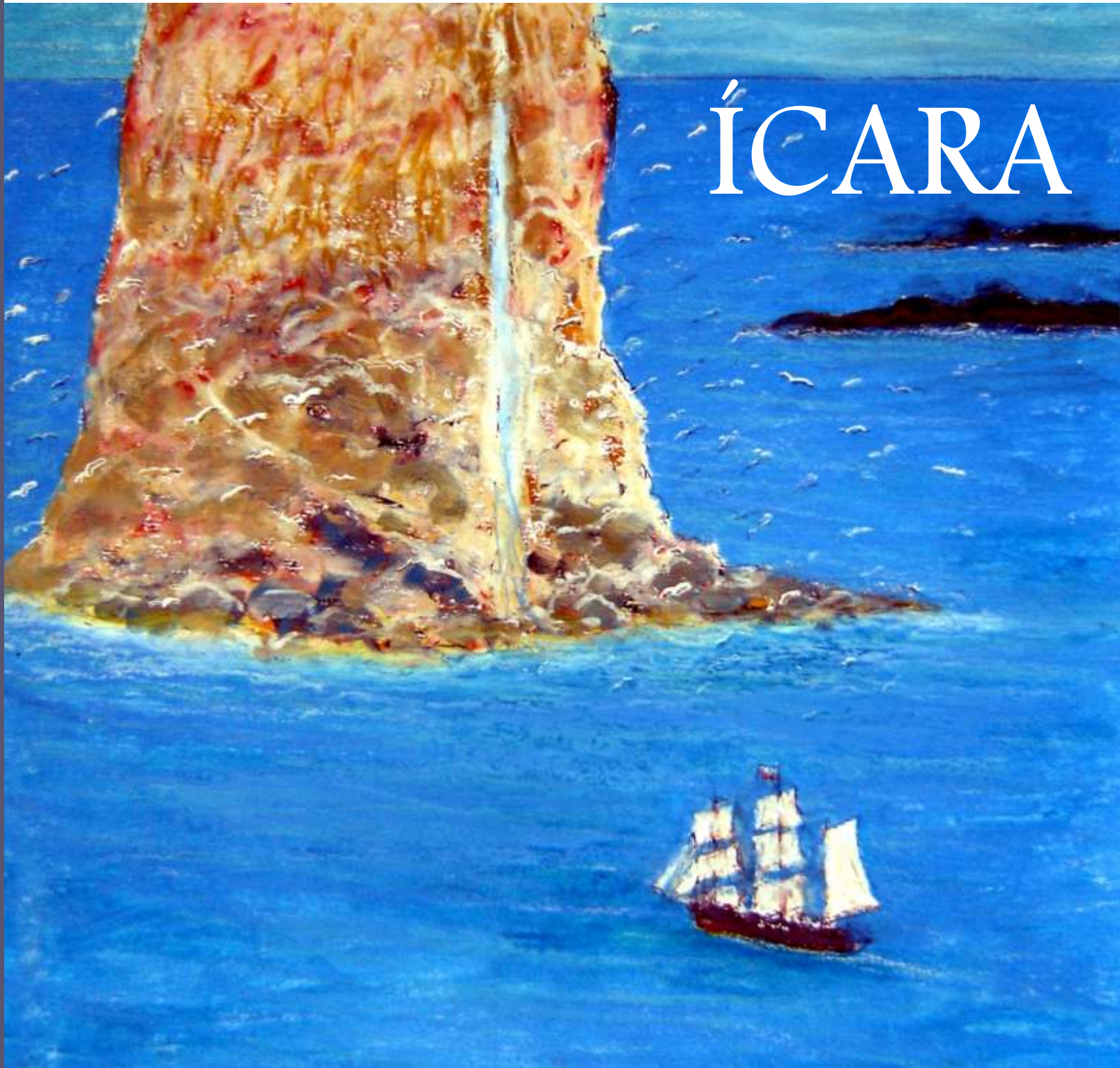


CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



ÍCARA

Fernando Olavarría Gabler

105



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

ÍCARA

Fernando Olavarría Gabler

Entusiasmado por el dato que me había dado un amigo aficionado a las antigüedades, dirigí mis pasos hacia un pasaje escondido en los cerros de Valparaíso. Al final de éste me encontré con un modesto ascensor que me estaba esperando con la puerta entreabierta. En el interior de él, después de presionar el único botón que había para subir, observé con calma sus paredes. Estaban cubiertas enteramente por planchas de cobre, y el piso era levemente inclinado; esto hacía que la persona que iba subiendo, tenía serias dificultades para mantener el equilibrio. Finalmente llegué al tope del recorrido y el extraño ascensor se detuvo. Salí y me encontré con un oscuro callejón en cuyo extremo divisé una puerta. Anuncié mi presencia golpeando varias veces con una mano de hierro que colgaba en la puerta. Después de reiterados llamados apareció un anciano modestamente vestido, llevaba puesto un sucio delantal que le cubría el vientre y las piernas. Al decirle el motivo de mi visita me hizo pasar. Llegamos a un amplio salón en el que había varios muebles viejos y numerosas antigüedades. Como dije anteriormente, el salón era bastante espacioso, más bien parecía una pista de baile. Probablemente me encontraba en el interior de esas antiguas mansiones de Valparaíso que cuelgan de los cerros, con sus grandes ventanales, que miran hacia la bahía y pasan desapercibidas en las quebradas.

El viejo me acompañó silenciosamente mientras yo observaba uno por uno los antiguos muebles. Había vitrinas doradas, pesadas

cómodas con sus cubiertas de mármol, peinadores con espejos de cristal biselado, mesas de arrimo, escritorios, etc. Sobre ellas había gran cantidad de piezas de mucho valor para un coleccionista. Entre finas porcelanas y un espejo de mano, encontré un libro destartado que me llamó la atención. Le pregunté al cuidador si podía hojearlo. Él asintió y me lo pasó después de limpiarlo con un pañuelo usado que sacó de su bolsillo.

Era el diario de navegación de un capitán llamado Ariel Montt.

Mientras leía parsimoniosamente las páginas escritas con una hermosa letra, el viejo, al darse cuenta de que no demostraba interés por comprar un mueble, optó por retirarse y desapareció al cerrar una puerta. Decidí entonces sentarme en una silla para leer con más comodidad. Había anochecido y los ventanales del gran salón mostraban una espectacular vista de la bahía. Una brisa suave y pura entraba por una de las ventanas entreabiertas y algo mitigaba el olor a muebles viejos, mezcla de hongos, polvo y termitas que hay en las tiendas de anticuarios.

En la mitad de mi lectura me encontré con un relato que acrecentó mi curiosidad. Describía el encuentro con un navío que navegaba al garete sin tripulación alguna. Decía lo siguiente:

“El 18 de Abril de 1843, al ir navegando en la latitud... y longitud... avistamos una corbeta que navegaba sin rumbo fijo y con la bandera chilena al tope en el palo de mesana. Efectuamos los saludos correspondientes pero no hubo respuesta alguna de parte

del buque mencionado. Decidí entonces bajar un bote para abordarla. Mientras nos íbamos aproximando, un ave gigantesca que estaba en la cubierta se alejó volando hasta perderse de vista en el horizonte. Grande fue la sorpresa del oficial que abordó la corbeta al encontrar al capitán de la nave tendido sobre la cubierta, herido en una pierna y en muy mal estado de salud. Debido a la gravedad del enfermo y por no haber nadie más presente en la nave, resolví trasladarlo a la mía y darle los cuidados correspondientes. El enfermo, al recibir nuestras atenciones y el tratamiento de la herida, recuperó en parte sus fuerzas y me relató algo que me llenó de asombro. Es tan increíble lo que me contó que decidí transcribir toda su historia lo más detalladamente posible.

“Se trataba del capitán Avelino González el cual había sido comisionado para establecer una línea entre Valparaíso y Wellington en Nueva Zelanda, para reforzar lazos comerciales entre los dos países. Me relató que después de soportar una formidable tormenta se habían desviado de rumbo y, debido a los destrozos provocados por la tempestad que había dejado importantes filtraciones en los recipientes destinados al agua potable, se decidió recalar en la primera isla que avistasen para reabastecerse.

“El capitán A. González me contó lo siguiente:

“Después de varios días de navegación y angustiados por la escasez de agua potable, divisamos unas pequeñas islas. Una de

ellas tenía la particularidad de estar constituida por un gigantesco morro de forma cilíndrica o cono truncado de unos trescientos metros de altura. Nos aproximamos a esta espectacular montaña y constatamos con alegría que desde la cima caía una fina cascada de agua que llegaba hasta las rocas de la base. Recalamos frente a la orilla y, al mando de diez hombres, desembarcamos en un bote para llenar varios barriles con el agua de la cascada. Nuestro arribo provocó el nerviosismo de miles de aves marinas que habitaban en el arrecife y sus revoloteos y chillidos eran realmente impresionantes. Nos llamó la atención que, en la cima del morro, que estaba blanqueado por los excrementos de las aves, volaban otras aves mucho más grandes que las gaviotas, petreles y fragatas que chillaban a más no poder sobre nuestras cabezas. Estas otras aves eran inmensas y sus blancas alas tenían una envergadura que calculamos en más de tres metros. Las misteriosas aves no batían sus alas sino que planeaban en grandes círculos al igual que las águilas o los cóndores. Impresionados por estas extrañas criaturas y al descubrir que había un sendero que subía desde la orilla del riachuelo hacia la cima, decidimos trepar por él para averiguar más sobre estos gigantes seres alados.

“Ordené que cinco hombres regresaran al buque con el bote y los barriles de agua y los cinco restantes me acompañaron en la ascensión. En un principio todo iba bien pero a medida que subíamos, el sendero se fue angostando hasta desaparecer por



completo. El chillido de las aves era ensordecedor y algunas se lanzaban hacia nosotros para picotearnos ya que nos hallábamos cerca de sus nidos. Estábamos en una situación rayana al pánico ya que el vértigo nos estaba dominando al mirar hacia abajo y encontrarnos a más de doscientos metros de altura. Pero, acostumbrados a los peligros de nuestra profesión, hicimos un supremo esfuerzo y con gran voluntad y sangre fría nos agarramos de los peñascos más sobresalientes y pisoteando algunos nidos finalmente llegamos a la cima. Para sorpresa nuestra la cumbre era plana y bastante extensa. No había aves anidando en ella. La superficie estaba cubierta con pasto y en el centro divisamos hermosas construcciones hechas con bloques de granito. De sus pórticos y arcos vinieron a recibirnos unos seres humanos esbeltos y de gran estatura. A pesar de ser delgados se veían atléticos y sus vestimentas eran magníficas porque estaban hechas con blancas plumas de aves. De sus hombros salían grandes alas elaboradas con estas plumas de aves marinas cuyos extremos llegaban hasta los pies. De la cintura bajaba hasta los talones una cola bifurcada similar a las aves fragatas. Las dos puntas de esta cola bifurcada estaban fijadas en los talones mediante finas correas de cuero de foca.

“Me llamó la atención que sus cabelleras no eran negras, que es lo habitual en los isleños polinesios, éstas eran rubias o de color castaño y su piel sumamente blanca (tiempo después pude

comprobar que se protegían del sol cubriéndose la piel con polvos que obtenían de las conchas marinas trituradas en morteros de piedra)

“Se aproximaron a nosotros y nos observaron con curiosidad. Luego trataron de comunicarse mediante un raro lenguaje ininteligible ya que era similar al chillido de las gaviotas. Había hombres, mujeres y niños que usaban los mismos atuendos emplumados.

“Nos invitaron a pasar al interior de sus edificaciones y nos ofrecieron agua y singulares alimentos consistentes en algas marinas, moluscos y pescado crudo. Por cortesía nos alimentamos de todos ellos pero le dimos preferencia a aquellos que nosotros también estábamos acostumbrados a comer.

“El Sol se había escondido en el horizonte y me di cuenta de que el descenso no iba a ser posible hasta la mañana siguiente. Por señas les di a entender que teníamos que pasar la noche allá arriba, ellos comprendieron y nos llevaron a donde iba a ser nuestro alojamiento. Eran unos huecos horadados en la roca, similares a los nichos de los panteones en los cementerios, con la diferencia de que estaban dispuestos en una hilera vertical en un número de veinte ¡y los destinados a nosotros eran los de más arriba! Así que tuvimos que escalar nuevamente este alto murallón y alojarnos en el hueco de la roca, teniendo bastante cuidado de no perder el equilibrio y caernos en la maniobra. Dormí mal por temor a la

caída. A ratos despertaba con los dedos crispados en los bordes.

“Llegó la mañana y después de bajar de nuestras “alcobas” fuimos agasajados nuevamente con mariscos, pescados y algas.

“La mañana estaba radiante de luz cuando nos tocó presenciar algo maravilloso. Estos hombres aves estaban colocándose sus alas, se las ajustaban con las correas de cuero de foca. Lo hacían de tal manera que sus manos quedaban libres. Todos ellos cogían una delgada y flexible jabalina y después de correr un corto trecho se lanzaban desde el borde del precipicio hacia el abismo, extendiendo sus alas con gran destreza y armonía. La cola bifurcada cuyos extremos estaban fijos en los talones actuaba como timón. Su vuelo de planeo era majestuoso y nosotros veíamos todo esto con la boca abierta de asombro y admiración.

“Algunos de ellos desaparecieron de nuestra vista siguiendo las corrientes de aire ascendente. Seguramente iban a cazar o a pescar con sus jabalinas.

“Una bella mujer también se aprestaba para volar, era la misma que se había sentado frente a mí cuando cenábamos en la noche anterior. Me había llamado la atención su extraordinaria hermosura. Poseía un cuerpo de bailarina de ballet y sus grandes ojos celestes me observaban con interés. Su rostro ovalado terminaba en un fino mentón y su boca lucía unos labios delgados. Una fina nariz aguileña, bastante pronunciada, no afeaba en absoluto su rostro. Su dulce mirar me hizo pensar que yo la atraía,

probablemente por mi uniforme de marino que ella nunca había visto.

“Antes de iniciar su vuelo se aproximó a nosotros y nos expresó con gestos y su lenguaje no entendible si queríamos probar sus alas. Unos de los nuestros aceptó entusiasmado y ella, sacándose su arnés emplumado se lo entregó al marino y lo ayudó a ajustárselo. Luego, con gestos y chillidos le explicó que no debería batir las alas en pleno vuelo, también lo instruyó cómo debería mover los talones para timonear la cola. El marino se lanzó al espacio con gran entusiasmo y empezó a planear con cierta dificultad pero después de algunos segundos perdió altura y comenzó a batir las alas, esto provocó un descalabro y el pobre hombre se precipitó al abismo con gran espanto de parte nuestra.

“Quedamos horrorizados con esta escena y con mucho temor de bajar por donde habíamos llegado, entonces le pregunté a unos de los hombres aves, que parecía ser uno de los jefes, si había otra alternativa para descender a la base. Después de reiterativos esfuerzos por darme a entender, el hombre ave pareció comprender, y con una sonrisa en los labios nos hizo una señal para que lo siguiéramos. Nos acompañaron varios hombres que portaban antorchas sin encender y llegamos al centro de las edificaciones donde había una plazoleta. Allí levantaron una losa, encendieron las antorchas y dándolas a nosotros nos invitaron a bajar. Iluminados con las antorchas descendimos por una escalera de

caracol esculpida en una enorme estalactita. La luz del sol que penetraba por el hueco de la losa desapareció súbitamente cuando oímos un fuerte ruido. Comprendimos que la losa había sido puesta nuevamente en su lugar y estábamos enterrados vivos dentro de un abismo inmensurable. Continuamos bajando en un recorrido helicoidal o en tirabuzón hasta llegar a la punta de la estalactita, allí el recorrido se continuaba con otras prolongaciones minerales vecinas a la nuestra, pero había que dar un salto sobre el vacío que era aproximadamente de uno a dos metros. Decidí entonces ser yo el primero en saltar y luego me siguieron los cuatro marineros pero el último de ellos perdió el equilibrio y con un grito desgarrador se perdió en la oscuridad.

“A medida que íbamos descendiendo nuestras antorchas se iban agotando con gran angustia de parte nuestra porque íbamos a quedar totalmente a oscuras en este mundo infernal. Mientras bajábamos, un olor nauseabundo venía de las profundidades y miles de murciélagos empezaron a revolotear, sorprendidos por la luz de las antorchas. En esos momentos íbamos por una escalinata horadada en una pared rocosa. Pensamos que la presencia de los murciélagos era un indicio que había una salida al exterior, esto nos calmó los ánimos y continuamos bajando con optimismo. El recorrido horadado en la pared rocosa se terminaba bruscamente; había que efectuar nuevamente un salto hacia la continuación de la escalinata que estaba ahora esculpida en una estalagmita que

surgía de las profundidades. Afortunadamente ninguno de nosotros trastabilló ni perdió el equilibrio y pudimos descender sin dificultades hasta la base. Pero allí nos deparaba otra desagradable sorpresa. El suelo, además de estar cubierto por toneladas de excrementos de los murciélagos, estaba habitado por serpientes que se alimentaban de ellos. Éstas surgían de todos lados y nosotros, sin saber si eran venenosas, pisábamos con cautela para no enardecerlas. Finalmente divisamos la luz de la mañana cuando ya nuestras antorchas humeaban y pudimos salir de este averno hasta llegar a la playa que rodeaba en parte el arrecife. Con gran alegría divisamos el bote que nos había ido a encontrar y plenos de entusiasmo nos embarcamos en él. Los marinos que nos esperaban, impacientes por no saber qué había sido de nosotros, quedaron muy tristes y acongojados al saber la pérdida de dos de los nuestros y su malestar se reflejaba en sus rostros. De pronto, desde la cima aparecieron varios hombres aves que planearon hacia nosotros probablemente para saber cómo habíamos llegado. Entonces uno de los marineros, pensando quizás que ellos eran los responsables de la muerte de sus camaradas, desenfundó su revolver y disparó contra uno que volaba a poca altura. El hombre recibió el impacto y se inclinaron torpemente sus alas pero de inmediato dos de sus acompañantes lo cogieron y ayudándolo remontaron vuelo y desaparecieron en la cima. Con gran rabia amonesté al irresponsable que había hecho el disparo diciéndole que los hombres voladores no eran los causantes

de la muerte de los dos marineros.

“Llegamos a la corbeta e impartí las órdenes para zarpar de inmediato. Cuando se habían izado las velas, en plena navegación, aparecieron numerosos hombres aves que venían del morro. Estaban aperados con sus jabalinas. Volaron sobre la nave y de súbito plegando sus alas se lanzaron en picada como si fueran piqueros o pájaros bobos. Al llegar muy cerca del velamen lanzaban sus jabalinas con una precisión asombrosa y después abrían sus alas para remontar el vuelo. Esta maniobra se efectuó repetidamente, nuestros hombres fueron alcanzados por las jabalinas y quedaron tendidos, todos muertos. Ninguno logró salvarse, porque los que estaban bajo cubierta habían subido para defender a sus compañeros. Para suerte o fatalidad mía la jabalina que iba destinada a mi persona rozó una cuerda, se desvió levemente y atravesó mi pierna. Quedé clavado sin poder ponerme de pie mientras los hombres aves se alejaban y desaparecían de mi vista. El buque navegaba ahora en zigzag sin control alguno mientras yo permanecía inmovilizado en cubierta desangrándome. Así pasaron dos días; me estaba muriendo de sed y de debilidad causada por la hemorragia, cuando una mañana apareció en el cielo una imagen que la interpreté como un ángel. Era la mujer ave, la joven que nos había invitado a volar. Sobrevoló la corbeta y se posó suavemente en la cubierta. Se aproximó cautelosamente y al constatar que estaba aún vivo me miró con gran ternura. Sus ojos se

ÍCARA

llenaron de lágrimas y después, en un arranque de energía, agarró la jabalina y la desprendió de la cubierta liberando mi pierna. Luego se alejó corriendo y echó a volar desapareciendo de mi vista. Recién entonces me di cuenta de mi extrema gravedad porque no me fue posible ponerme de pie y caminar para ir en busca de agua para apagar mi espantosa sed. Había decidido morir allí donde estaba, cuando inesperadamente apareció nuevamente la hermosa joven. Esta vez llevaba las mejillas infladas, no con aire sino con agua, y acercando su rostro al mío me dio un beso y vertió toda el agua que llevaba en su boca en la mía. Después de este gesto, que alivió en parte mi sed, decidió eliminar todos los cadáveres que estaban repartidos a lo largo del buque y los echó al agua. Fue un motivo más de alivio de mis sufrimientos porque ya estaban empezando a oler.

“La grácil doncella voló varias veces desapareciendo y llegando donde mí para darme agua fresca de su boca. Semejaba una hermosa gaviota que alimentaba a su polluelo en el nido. Al sentirme aliviado de la sed, tuve hambre y ella me trajo mariscos frescos y pescado crudo que me obsequió con ternura.

“Pensé que quizás esta magnífica mujer ave se sentía culpable de la muerte del marino que ella había invitado a volar. ¿Cuál era su nombre? ¿Cómo se llamaría en su idioma de hombres aves? Nunca lo sabría. Así es que la llamé Ícara.

“Ícara me alimentó y me dio agua hasta que ustedes llegaron.

Ella era el ave gigante que vieron alejarse cuando abordaban la corbeta.”

.....

El diario de navegación terminaba ahí porque le faltaba la cuarta parte de las páginas.

Quedé con el libro abierto entre mis manos pensando en el final de esta extraña aventura...

¿Qué fue del capitán A. González? ¿Regresó a puerto y mantuvo en secreto su aventura? ¿O fue el final de su vida por su mortal herida, posiblemente infectada y causante de una sepsis fulminante? ¿Qué será de Ícara y sus hombres aves? ¿Prevalecerán en el tiempo? ¿De dónde vinieron? ¿Todo ello fue el resultado de un naufragio en un pasado milenario y los sobrevivientes se adaptaron en el transcurso de los siglos a vivir como las aves marinas que los rodeaban?, en un islote que no existe en las cartas de navegación...

Cerré el libro y llamé al cuidador para comprárselo, pero éste no apareció. Dejé el libro en su lugar.

Amanecía.

Bajé en el ascensor de cobre y me perdí en el plano, por las silenciosas calles de Valparaíso.

Equivalente a un Epílogo

Carta enviada a su suegro de parte del Capitán de Navío y Práctico de Canales señor don José Miguel Prieto Smythe

Puerto Montt a 19 de Noviembre de 2008

Querido y distinguido suegro:

Quedé tan impresionado con el cuento del capitán aventurero, que aún no me puedo recuperar del impacto como para darle mi parecer, además que no sé cómo termina el cuento y estoy bastante intrigado. La verdad es que me gustaría mucho saber el final. Muy bueno el relato y muy entretenido por lo demás.

El problema es que en nuestras continuas singladuras por los misteriosos y enigmáticos canales de Chiloé, en mi calidad de práctico local de canales, pasamos normalmente a una milla por la cuadra del islote Nihuel, que se ubica en el Canal Desertores, que une el Golfo de Ancud con el Golfo Corcovado, y justamente siempre me ha llamado mucho la atención la gran actividad ornitológica que en dicho islote acontece habitualmente, cuyas características son muy similares al descrito en su relato, ya que es un peñón rocoso de gran altura que en su parte superior forma una verdadera meseta, en cuyas alturas anidan una gran cantidad de aves de distintas especies que desde la lejanía parecen enigmáticas figuras que desde el aire rodean en uno y otro sentido el peñón,

como si fuera un valioso tesoro a proteger.

Obviamente que en mis futuras singladuras, cuando me encuentre ya al través del mencionado islote entraré a preocuparme más de lo habitual, y tendré especial cuidado que a nadie de la tripulación se le ocurra disparar un tiro errante que pudiese impactar algún ave, ya que ahora tengo claro cuál podría ser el desenlace de tamaña provocación. Me encargaré de tomar algunas fotografías del mencionado Nihuel en la primera oportunidad que tenga para enviársela por este medio, y pueda así apreciar la gran similitud entre el relato y la realidad. Tal vez Ícara esté aún errante buscando a su capitán herido en la cubierta de su bajel y más de alguna vez, en esas claras noches de luna llena a lo mejor se ha podido acercar a las naves que surcan el Canal Desertores y yo no me he dado cuenta. A contar de ahora estaré atento no sólo de la segura derrota de la nave y de las lecturas del compás, sino que también de buscar en el cielo infinito algún rastro de la bella y enamorada Ícara, la que tal vez podría aparecer desde las alturas y aproximar por alguna de las amuras, de las aletas o del través de la nave que me toque pilotear. Cualquier novedad en tal sentido, no tenga cuidado que se la informaré de inmediato.

Sin otro particular, lo saluda atentamente

José Miguel Prieto

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegro Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo
- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura
- 102 Carda, Cronos, y Cirilo
- 103 Valentina
- 104 Las vacaciones de un ángel
- 105 Ícara
- 106 Las pintorescas aventuras de Adalgisa, condesa de Bosque Verde
- 107 El viejo del saco
- 108 La coronación de Airolga
- 109 Cinisca
- 110 La dulce sonrisa de Aristodella
- 111 Bluewood
- 112 El misterio de la gruta aspirativa
- 113 El Castillo de los Duendes
- 114 El Jardín de Hada
- 115 El Castillo de los vikingos
- 116 El monstruo del río Abuná
- 117 La Alquimia de tres doncellas
- 118 La Casa vacía
- 119 El Bosque Encantado
- 120 El Desfile Onírico
- 121 El Templ Curativo de Yi Sheng
- 122 El Soldado ruso
- 123 El Taco
- 124 El Vendedor Ambulante



 creative commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.